



EL CENCERRO

CENCERRADA 15

REDACCION Y ADMINISTRACION

Calle de San Hermenegildo, 4, pral., izqda.

MADRID.—1897

LA ESCOBA Y EL CARRO

—Creo, hermano Liberto, que hoy no tenemos de quién murmurar, como no sea que nos ocupemos de esa joven que ha venido á quejarse de tus travesuras y falta de formalidad.

—No sé, nostramo, cómo ice osté que no tenemos de quién mormurar. Estando en el poer los conservaores, hay tela cortá para

rato. Ahí tié osté al señón Marcelo que comenzaba á entusiasmarse con el general Baile porque éste le había dicho que acababa de pacificar otra vez á Pinar del Río, la Habana y las cuatro quintas partes del globo, y luego se ha encontrao con que los manguises le han soplaao la Victoria de las Tunas sin que él se entere de ná, á pesar de haber durao la conquista quince días.

—Yo creo, Liberto, que eso no ha sido más que un accidente de la guerra, y que

cuando el general dice que tiene pacificadas algunas provincias, no debe quedar en ellas ninguna partida armada.

—Pa él no quedará ninguna, pero ya verá osté cómo quedan pa la nación y pa las pobres madres que se quearán sin los hijos que criaron á sus pechos.

—El gobierno niega que sea necesario enviar más refuerzos á Cuba ni á Filipinas.

—Pus cuando él ice eso, dé osté por seguro que los enviará.

—De modo que tú no tienes confianza en nada de lo que el gobierno dice.

—La misma que tendría al pasar por detrás de una mula falsa. Y ahora que ice que va á imitar jasta en sus errores al señor Antonio, mucho menos. ¡No vamos á salir de herraeros nunca!

—Hasta ahora no se les puede pedir nada á los ministros. Desde que se quedaron huérfanos hacen una vida ejemplar. Se levantan temprano, oyen misa, se hacen la barba, toman chocolate de Matías López, encargan á los individuos de sus respectivas rondas que vigilen incesantemente para que no se les aproxime ninguna persona sospechosa; almuerzan con buen apetito; reciben á los íntimos; van á pasear por el Retiro ó la Moncloa, comen á las ocho y van al teatro á las nueve. Me parece que su vida no puede ser más ordenada.

—Y diga osté, nostramo, ¿cuándo hacen ellos los sombreros? O lo que es lo mismo: ¿cuándo se ocupan ellos de los asuntos que interesan al país?

—Eso lo reservan para mejor ocasión. Ahora solo se ocupan en el gran problema de buscar un jefe para el partido.

—¿Y se sabe ya si lo han encontrao?

—Ni lo han encontrado ni lo encontrarán. Ninguno aprovecha para mandar cuatro soldados y un cabo, pero son muchos los que se creen con las condiciones necesarias para

sustituir al gran estadista en el mando de las falanges conservadoras, y de aquí nacen las dificultades con que tropiezan y tropezarán hasta el día del juicio.

—¿Y va á estar el país esperando jasta que ellos se pongan de acuerdo?

—De acuerdo están ya en una cosa: en seguir mandando mientras les dejen.

—Aquí lo que está jaciendo mucha falta es la escoba, pero una escoba tan grande como el Guadarrama pa que de una sola jepá se lleve toa la enmondicia que tenemos.

—Ten calma, hombre, ten calma, que ya se irá despejando la atmósfera en cuanto empiece á refrescar el tiempo.

—Sí, sí; váyales osté con calendarios á los conservacres. Ellos no entienden de endirectas, y no dejarán la cazuela mientras no les den un sartenazo.

—De eso se encargará el hermano Sagasta, pues, según dicen, está ya en Avila echando chispas por la cola.

—¡Vaya un apunte para una charanga!

No hay que darle vueltas,
que en este cotarro
son indispensables
la escoba y el carro.

LA CRISMA DE LIBERTO

—Estoy pensando, nostramo, que el servicio de vigilancia que tiene en Cuba el hermano Baile, no deja nada que desear. ¡Quince días atacando una plaza el enemigo, y solo se entera cuando los prisioneros, puestos ya en libertad, le dicen lo que ha ocurrido. ¿No es verdá que eso es ya el colmo del espionaje?..

—En las guerras, hermano Liberto, ocurren cosas que parecen inexplicables.

—Pero mayormente cuando los generales duermen á la bartola, y no jacen otra cosa

que dar paseos, acompañaos de cuarenta batallones que no ven al enemigo en ninguna parte. Yo creo que el gobierno debe poner en la hoja de servicios del general Baile el siguiente letrado:

«Jizo la guerra de Cuba y le tomaron una plaza, endespues de un mes de asedio, sin que él goliera ná.»

—Ten presente que las comunicaciones dejan en Cuba bastante que desear.

—Pero, señor; en quince ó veinte días se pué ir de aquí al fin del mundo, y aunque los sitios no pudieran salir de la plaza, los pueblos inmediatos debieron oír el estruendo del sitio, por cuanto los manguises sacudían el polvo con cañones de dinamita.

—Eso es indudable, pero se conoce que ninguna autoridad quiso tomarse la molestia de dar parte de lo que estaba ocurriendo.

—Pus desfigúrese osté qué arreglao estará aquello cuando así proceden las autoridades.

—De cualquier modo el gobierno no concede importancia alguna á lo ocurrido, y ya ves que el general Weyler ha manifestado que volverá á tomar la plaza sin esfuerzo alguno.

—Too eso podrá pasar, pero el hecho de no diquelar las catástrofes jasta endespues que han ocurrio, pué dar lugar á otras cosas mucho más serias.

—¿Y á tí qué te parece que debía hacer el gobierno?

—Pus largar la licencia asoluta al hermano Baile, y enviar allí un hombre que acabe la guerra en cuatro jopás. Por supuesto, que mientras no se licencie también al gobierno, no acabará la guerra ni el mismo Santiago.

—De modo que tú crees que el gobierno tiene la culpa de todo, y que su relevo debe coincidir con el del general Weyler.

—Cabal. ¡Basta ya de aleluyas!

—Lo peor es que el gobierno que venga después, ha de ser tan malo como el actual,

sino le lleva algunos puntos de ventaja. Figúrate tú que entrara ahora en Guerra el hermano López Domínguez, ó que lo enviaran á Cuba de general en jefe...

—¡El Señor nos libre de semejante calamidad!

—Y que á Beránger le sustituyera el hermano Pasquín.

—¡Se quiosté callar, nostramol!

—Y que al duque de Tetuán, le reemplazara el hermano Moret.

—¡Ufi! Pa esa merienda no necesitamos alforjas, nostramo.

—Pues ya ves que si son malos estos pueden venir otros que sean peores.

—Pus por eso á lo que debemos tirar toos es á que venga la Niña, porque si ella no arregla esto, no nos queará más remiendo que estirar toos la pata.

—¡Quién había de decir que á los 23 años de habernos redimido el general Martínez al pie del algarrobo de Sagunto, nos habíamos de encontrar en una situación tan climatérica como esta en que nos hallamos!

—En efeuto, nostramo; la situación no pue ser más crismatérica de lo que es. Por eso hay que romper la crisma al *sursum corda* pa que esto se arregle.

—Sabe osté, nostramo, si han pareció ya las piedras que escamotearon del pilón de la Puerta del Sol?

—Presumo que no habrán parecido, porque cuando no las vió nadie al ser escamoteadas, no es fácil que ahora las vuelva á echar nadie los ojos encima.

—¡Ladrones! ¡Ni aun las piedras están seguras con ellos!

—¿A quién te refieres, Liberto?

—Pus á ellos.

—¿Pero quiénes son ellos?

—Los que se las llevaron.



—Señora Castelara,
aquí me tiene usted
con estas charreteras
y este morrión, que usé
durante aquellos tiempos
en que, en un dos por tres,
se armaba una bolina
que á Dios hacía correr.
Aquesta casaquilla
creo me sienta bien.
—¡Por Dios, señor D. Práxedes!
Ese olor á cuartel
me va á causar un síncope
si no se aleja usted.
—A usted, señora mía,
solo le huele bien
el rancho que el gobierno
le suele á usted ofrecer
—¡Me parece que algo
se merece mi piel!
—Yo no niego la gracia,
ni el aire ni el aquel,
con que continuamente
se pavonea usted;
pero para que pueda

invitarla á comer
necesito ante todo
tener yo la sartén
—Tenga calma, Mateo,
y déjese querer.
—¿No oye usted lo que dicen
Aguilera y Moret?...
¡Si no me dan el mando
lo que fui he de ser!
—¡Caramba! ¡Carambita!
—¡No le conozco á usted!
—Es que me arde la sangre
cuando mudo de piel.
—¿Pero usted no comprende
cuán peligroso es
en aquestos momentos
hallarse en el p. der?...
Acaso el anarquismo
le suelte algún lebrele.
—Es verdad, D.ª Emilia.
—¡Caramba si lo es!
—Pues ahora mismo tiro
el traje de cuartel,
y rabien cuanto quieran
Aguilera y Moret.

CARTA DE JUAN REPICA

AL MINISTRO DE LA GUERRA

Mi señor Marcelo: Como melitar que ha estao en Cuba, le dirijo estas cuatro líneas pa decirle que cuanto antes releve osté al hermano Baile será mejor pa la nación, pa el ejército y pa Cuba.

Osté no pué desfigurarse lo que allí está pasando, ni lo poco que se jace pa acabar con los manguises.

Too eso de que casi está ya pacificado la mitá del mundo, es música celestial, como osté habrá comprendió. Los paseos melitares con muchos batallones no dan resultao, pue el enemigo, que no tiene pelo de tonto, se aprovecha del estropicio que tanta gente mueve pa enseñar la jeta en otra parte. Lo que acaba de ocurrir en Victoria de las Tunas le habrá hecho á osté abrir un palmo los ojos, pero á los que sabemos lo que en Cuba pasa, no nos ha sorprendió poco ni mucho.

Hay quien dice que el general Baile va á acabar la guerra en cuanto deje de llover en la isla, pero yo me desfiguro que ni con agua ni sin ella hará ná.

En fin, señor Marcelo: osté jará lo que quiera, pero crea osté que el país ganaría mucho con que concediera osté una licencia enlimitá, ya que no disoluta, á D. Valeriano.

Yo, como buen ciudadano, cumplo con decir á osté la verdad, y osté jará endespues de too lo que le dé la gana.

Suyo aftmo. s. s.

JUAN REPICA.

P. D. Quanto más se vaya osté desmorlesinando, será pa toos mucho me or, y si se destetuanizara coscastellanamente sería pa la patria miel sobre hojuelas.

Ya ve usted, doña Aña,
cómo andan las cosas;
esto no se arregla
sino es con la escoba.

—Pues se me figura
que te quedas corta,
porque á tanto bicho
y tanta carcoma
hay que sacudirles
con arma más gorda.

No sabemos cómo hay hombres que aspiran á sustituir á los conservadores en el gobierno del país, dentro del actual orden de cosas.

La herencia que éstos van á dejar no puede ser más desastrosa. Empeñadas todas las rentas públicas; aumentada la deuda interior y exterior de un modo escandaloso; esprimido el contribuyente hasta lo inconcebible; en vísperas de vender los montes públicos que quedan; cegadas todas las fuentes de la riqueza nacional, y aumentando las clases pasivas, los frailes y el apetito desordenado de esta gente, que nos enplumen si, al abandonar el poder, dejan ellos otra cosa que trampas, enredos, ruinas y miseria en toda la línea.

Verdad es que sus herederos vendrán á rebuscar lo poco que quede y á ver si la vaca nacional da alguna más sustancia á fuerza de palos y de repugnantes manipulaciones.

¡Pobre país si no procura hacer pronto un corte de cuentas!

El jefe de la policía judicial de Barcelona, Sr. Portas, estuvo en San Sebastián después del atentado contra el Sr. Cánovas.

Y se fué de allí diciendo que había cogido varios hijos anarquistas, encaminados á atentar contra varias personas.

El que no cogió, por lo visto, fué el suyo.
Y era sin duda el que más le interesaba.

Estos polizontes
resultan divinos:
hasta que ha tronado
no cogen los hilos,
y después de todo
se quedan lo mismo.

¿Qué dirán ustedes que se le ha ocurrido
ahora á nuestro nunca bien ponderado minis-
tro de Marina?

Pues bautizar con el nombre de *Cánovas del Castillo* á uno de los buques de guerra
que tiene en su cabeza.

Si en vez de llamarle así, se le hubiera ocu-
rrido titularle *el Mónstruo de la edad pre-
sente*, podría ese buque formar una buena
trinidad con el *Terror* y el *Furor* que ya dió
á luz el Sr. Beranger; pero llamándole *Cá-
novas del Castillo*, no sabemos con que otro
barco podrá formar pareja, á no ser que se le
ocurra al Sr. Beranger titular á otro buque
Galvez Holguín.

Un conservador rabioso
muy partidario de Cánovas,
está haciendo la maleta
para ir á rogar al Papa
que una muy justa reforma
en el calendario haga;
la cual debe consistir
en jubilar á Santa Agueda,
sin el haber, por supuesto,
que tenga al clasificarla,
por haber dado lugar
á que D. Antonio Cánovas
sin prestarle protección
haya muerto en su morada.

Los periódicos ministeriales, ofuscados con
los vapores de la cazuela, decían hace poco
que el Sr. Cánovas no se había equivocado al
depositar su confianza en el general Weyler.

¡Qué se había de equivocar!

Weyler, como general en jefe, está á la
misma altura que estaba Cánovas como es-
tadista.

No parece sino que nacieron el uno para el
otro.

Sin decir siquiera *agua va* ha sido reem-
plazado el conde de Peña Ramiro en el go-
bierno civil de Madrid por el vizconde de
Irueste.

Veremos si con el viz-conde nos va mejor
que con el conde á secas.

Los filibusteros,
sin recato alguno,
se llevan las Tunas
como buenos tunos.

Parece que los carcundas se van á echar al
fin á las matas.

Hay quien dice que la circunstancia de no
tener D. Carlos una peseta les obliga á anti-
cipar la irrupción.

Se trata por lo visto de pescar lo que se
pueda.

Dice el general Weyler que recobrará á
Victoria de las Tuna sin esfuerzo alguno.

Más le valiera haberla conservado con es-
fuerzo ó sin él.

Por lo pronto tendrá que ir allá con sus 40
batallones, y aunque el enemigo escape á co-
rrer al ver tanta gente, siempre nos resultará

un movimiento inútil que podía haberse ejecutado en otra dirección.

Es mucho Weyler ese que tenemos en Cuba por obra y gracia del difunto y de sus supervivientes.

El gobierno, como era de esperar, no concede importancia alguna al hecho escandaloso de haberse apoderado los filibusteros de Victoria de las Tunas, sin que el general Weyler supiera una palabra hasta quince días después de la ocurrencia.

Para los conservadores solo tiene importancia el presupuesto.

¡Jesús que mamelucos!

Una noche al cura Paco vinieron á sorprenderle los quejidos de su ama á quien la dolía el vientre; y sin aguardar á más se fué á la cesa de enfrente á rogar á las vecinas que sus auxilios le prestén para curar á Rosita de un cólico miserere. Fueron con él las comadres, y apenas vió á la paciente retorciéndose en el lecho, dijo la señora Irene: —Avise usted al comadrón porque es parto lo que tiene.

Nada más que 24.000 pesetas han costado las honras que el gobierno mandó celebrar por el Sr. Cánovas del Castillo.

Nada tendríamos que decir si este derroche de responsos los hubieran pagado de su bolsillo particular los ministros y los administradores del gran estadista.

Pero eso de que sea la nación, y por consiguiente todos los españoles, los que paguemos el canturreo de curas y sacristanes, es un abuso como otro cualquiera.

¿No son los conservadores los que chupando están del presupuesto? ¿No era Cánovas su jefe? ¿Pues cómo tienen la poca aprehensión de hacernos pagar el entierro de aquél á los que no solo no chupamos nada del Estado, sino que ni siquiera somos de la parroquia?..

A estos camaleones les gustó siempre darse pisto á costa del bolsillo ajeno.

¿Sabe esté, nostramo, que el canuto que va á adquirir el gobierno pa ver el esclise de sol debe ser glieno? ¡Miste que con 60.000 duros se puen comprar canutos!

—Eso lo hace el gobierno para que los sabios que dentro de dos años vengan á España á observar el eelipse de sol, no vayan luego diciendo á su tierra que aquí no tenemos instrumentos de ninguna clase.

—Yo creo que aunque el gobierno dice eso, debe querer ese canuto pa otras cosas.

—No sé pa qué ha de necesitarlo, como no sea para mirar al cielo.

—Pus miste, nostramo, á mí se me ha metío en la cabeza que lo quiere pa ver onde guardamos las moneas los españoles. Tamien pue quererlo pa ver si se conspira contra él en alguna parte; y sobre too, pue quererlo pa ver lo que jace en Cuba el hermanito Baile, aunque pa saber que no jace na no se necesitan canutos de nenguna especie.

—De cualquier modo tendremos en España un gran telescopio.

—Que nos costará 60.000 duros y no podremos mirar por él una vez siquiera.

Los periódicos ministeriales dicen que el obispo de la Habana está loco y piden que el gobierno le limpie el comedero.

¡Qué poco respeto á su ilustrísima y qué poca caridad coa el enfermo!

¿Y saben ustedes por qué se disparan así contra su ilustrísima los conservadores?

Pues porque el obispo de la Habana, lejos de reconocer en el Sr. Cánovas al primer estadista del globo, le deja reducido á lo que fué en realidad.

Y de aquí que esté loco para los conservadores y que traten de ponerle á dieta para devolverle el juicio.

A ellos sí que había que limpiarles el pesebre á ver si concluían de rebuznar.

Aseguran los conservadores que los republicanos somos cuatro gatos mal avenidos.

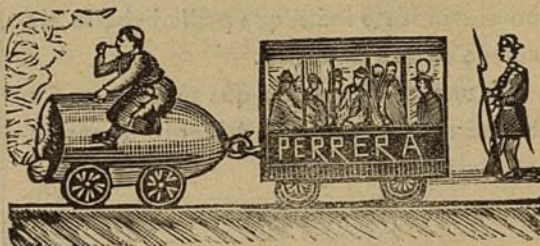
Y á esto dice Liberto:

—Pues lo que es en cuanto nos vean correr á toos detrás de ellos, no dirán lo mismo.

Pájaro conservador,
procura alzar pronto el vuelo,
no haga el diablo que te cojan
y te aprieten el pescuezo.

Las grandes potencias no han podido todavía arreglar la cuestión entre turcos y griegos.

Es mucha la actividad
que muestran esas potencias.
¡Vaya usted á calcular
el miedo que tienen ellas!



EL CENCERRO-CARRIL

Nombres y habilidades del personal que va en la *Perrera*.

José Do Pico, de Santiago. Buen sujeto. Las empresas periodísticas que le confien algún papel, pueden hacer cuenta que lo tiran al mar. Debe ser conservador.

José Suarez. Paisano del anterior y con sus mismas cualidades.

Andrés de Casa, de Huelva. El apellido de este individuo debe estar incompleto; debe llamarse Andrés de Casa y Boca, porque en efecto, tiene una boca que parece un tragaluz á juzgar por los CENCERROS que se ha comido.

Antonio Mateos López, de Montellano. ¡Valiente corresponsal está el tal López! Lo que coge se lo come y se queda tan fresco.

Nota. Se completará la lista en el número próximo y estarán viajando estos ingenieros hasta que se rediman ellos mismos.

EL CENCERRO

PERIÓDICO POLITICO SATÍRICO

Da una cencerrada por semana á los ministros y demás hermanitos que chupan del país.

Cuesta la suscripción 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre y 6 un año.

La mane para los vendedores y corresponsales, 75 céntimos.

Tipografía de Alfredo Alonso, Barbieri, 8